

# FRANCISCO ESTÉVEZ / 2015, ASALTO A LA NARRATIVA ESPAÑOLA (1)

A Ricardo Senabre, in memoriam

## Panorama editorial y campo literario: bosquejo de luces y sombras en la narrativa española

Algunos pasan por moneda común la calderilla de su miseria y escupan en mentideros y volanderas páginas que este fue año insulso sin narraciones de calibre. La miopía acuña falacia y apenas araña la superficie del tesoro. Al contrario, el apenas difunto año confirma la ocupación de la ciudad prohibida tras asedio de años por toda una generación de voces inquietas, con ascenso de la deseable visibilización de escritoras, y su popularización entre el público general. Hay excelentes novelas, dos magistrales dietarios, notables colecciones de cuentos y destacadas narraciones. Sin embargo, conviene una visión amplia del campo literario (Bourdieu) antes del desglose y análisis de tan peculiar añada. El fortísimo cambio de paradigma cultural tiene connotación singular en nuestra piel de toro. La hojarasca de la mesa de novedades se convierte en tupido manto que asfixia la flor genuina. No es nuevo el cuento del lobo y la muerte de la novela. Como fuere, la efervescencia de pequeñas editoriales contrasta con el páramo travestido de oasis de las grandes. El pulso de las primeras apuesta por nuevos valores con criterios de calidad. Cuando el incipiente éxito es contrastado, los autores son fichados por las grandes editoriales (Sara Mesa). La presencia masiva de premios que salpican el mapa es, con brillantes excepciones, oscura componenda (2). De otro costado, señalar el continuo desprestigio de la crítica como «elemento decisivo de cualquier forma de vida intelectual» (3) en el espacio público. Reclamar la cabecera del periódico *Le Figaro* extraída de *Las bodas de Figaro* de Beaumarchais: «Sin la libertad para criticar, ningún elogio resulta halagador» viene muy al pelo ante tanta impostura. Sin libertad de crítica no hay libertad de pensamiento, que es la primera, la más radical y necesaria de todas. La crítica profesional, cuando es, canta en el desierto tras la fuerte erosión padecida (4). Los antiguos filtros de calidad son cada vez más porosos, cuando no desaparecen sin más: la propaganda sustituye a la brújula. Pero, a poco que nos mintamos, todos sabemos ya que leer significa ante todo releer. Volver una y otra vez sobre los textos que nos impresionaron. Otro lunar, la cultura de la instantaneidad impone la tiranía de lo actual a golpe de *guasap*, cuestión fatal en la buena literatura. Frente a estos cambios los narradores, estragados de realidad, aprietan cinturón en su voluntad de socorrer una novela degradada. Este año con una hiperrealidad unguada en tintes biográficos (5).

## Los valores seguros

Conviene comenzar con *Los desayunos del Café Borenes* (Galaxia Gutenberg) del excelente narrador y novelista Luis Mateo Díez. Sin ser obra mayor resulta epítome del año narrativo. Un relato de personajes en el café citado y una suerte de poética se abrazan especularmente.

La ficción y su propia persona dan cumplida cuenta de las cuitas del escritor, su identidad humana y proyección literaria. La paradoja de géneros, cuando no la fusión, la mirada vuelta sobre el yo y la disquisición entre realidad y ficción, a la postre temas principales del año 2015, son tratados con lucidez, añoranza y temple.

Fuera de ellos se desmarca un clásico inédito: Pío Baroja. De forma póstuma llega *Los caprichos de la suerte* (Espasa) escrita entre 1950 y 1951. Es rescate merecido para cerrar la trilogía *Las saturnales* formada por *El cantor vagabundo* (1950) y *Miserias de la guerra* (2006). Vuelve en novela corta, prologada con el acierto afilado de José-Carlos Mainer, su reciente biógrafo, ese testigo puntilloso y fiel especializado en relatar el conflicto: la última guerra carlista, el fracaso de la Restauración en el gozne de siglos, los conatos de sublevaciones a inicios del xx, la Gran Guerra Mundial... Al fragor de nuestra guerra cainita un republicano moderado y *alter ego* del autor huye del Madrid en guerra a la Valencia roja por Cuenca hasta París. En anhelo, la posibilidad americana. La falta de entendimiento desencadena la escritura barojiana atrapada por el vértigo de comprender la inclinación humana por la crueldad, la miseria y el daño producidos por la guerra y el posterior exilio. Y conduce a un final abrupto en forma de acantilado, con mínimo hábito de esperanza. Una novela de Baroja es ya decir bastante, por no decir mucho. Sorprende su ausencia en listas del año. Interesa más la trivialidad de diletante que el documento literario e histórico de un clásico en el que abrevan buena parte de plumas contemporáneas. Así las cosas.

*Los diarios de Emilio Renzi* (Anagrama) de Ricardo Piglia cautivo por esperada. Desde la distancia de su conocido personaje, *alter ego* a la postre, son narrados los años de formación que pivotan desde sus balbuceos como escritor a la revisión ideológica y el compromiso político de forma obsesiva. La construcción de ese problemático pronombre por ignoto que es el «yo». No yerran los valedores del argentino pero disculpan la tendencia a caer en el *yoísmo* y la falta de pulido de entradas con escaso valor o prescindibles.

Frente a él se alza *Seré duda* (Pretextos) de Trapiello. La confrontación de títulos no deja parangón; uno propone ascendencia, otro la cumple desde futura duda; donde el lenguaje deja de decir para hacer, a eso llamamos literatura. Yo soy mi propio símbolo, diría Roland Barthes. Esa *novela en marcha*, infatigable y valiosa más allá de sus dimensiones por ahora ignotas, que resulta el mastodóntico *Salón de pasos perdidos*. Trapiello es ya escritor sin géneros o por encima de todos o, en definitiva, escritor que él mismo es todo un género. Olvidemos la polémica, estéril a la postre porque la literatura no es más que un tejer y destejer, sobre el Quijote «puesto en castellano actual íntegra y fielmente» (Destino). La novela a diarios del leonés es género sacado de la manga que cierra siempre año. Sin *boutade* posible, sobre toda esa *literatura del yo*, o esa moderna y vaga denominación de viejo cuño, *autoficción*, descuello por entidad, envergadura y calidad. Es hora de justipreciar la esencia novelística que desde *El gato encerrado* (1990) tiene cumplida cita anual. El diario-río resulta uno de los proyectos literarios de mayor envergadura emprendidos en toda nuestra literatura. La distancia de publicación entre lo vivido y lo escrito

(1) El artículo cita narrativa en español editada en España. El rigor excusa hablar de *També això passarà* de Milena Busquet o *Distancia de rescate* de Samantha Schweblin, ambas de 2014.

(2) Colectivo Todoazén (Constantino Bértolo y otros), «Clocas y premios literarios», [http://colectivotodoazen.blogspot.com.es/2015/12/clocas-y-premios-literarios\\_7.html](http://colectivotodoazen.blogspot.com.es/2015/12/clocas-y-premios-literarios_7.html)

(3) Marcel Reich-Ranicki, *Sobre la crítica literaria*, Barcelona, Elba, 2014.

(4) Germán Gullón, *Una Venus mutilada. La crítica literaria en la España actual*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008. Léase del mismo autor para los cambios del tejido editorial *Los mercaderes en el templo de la literatura*, Madrid, Caballo de Troya, 2004.

(5) Carlos Lens Sanmartín y su tesis «El componente metaliterario y metaficcional en la novela española del siglo xxi. Estudio y antología», enero 2016.

permite a este «trapero de sí mismo» repasar los apuntes y, tras selección, engarzarlos y pulirlos. Adensa así el significado de esas notas tomadas al aire de los días pero también su alcance pues otorga relieve a una cotidianeidad siempre vista con ojos reflexivos. Un modo de decir cercano al sentir moderno del lector contemporáneo. Ahí reside gran parte del valor, y también de la dificultad, en la mirada del autor. Esta escritura autobiográfica solo vive de sí misma y en su contar reside su propia razón (lección de Sherezade). La querencia hacia el ensayo y las disquisiciones literarias y lingüísticas de ciertos fragmentos resultan entrecortadas por retazos de lirismo de buena ley. Anécdotas bañadas por fina ironía o por brochazos de sano humor salpican un texto moralista a veces, sentimental las más, escrito con la arbitrariedad de un gusto bien educado y sensible. Es acicate del *establishment* literario y en primeras y más duro consigo mismo.

Transcurridos 25 años, esta curiosa novela en marcha con forma de diario gana en amantes y detractores, a la postre todos lectores, siquiera de pasada, y sortea las adversidades propias del camino. Nietzscheanamente lo que no destruye este quehacer literario, siempre en fieri, lo hace más fuerte. Escrito 10 años antes y publicado ahora como augurio de año, *Seré duda* consta de diversos prólogos con la finalidad de asediar la relación entre vida y escritura. Su escritura se desea en tono menor, llamar la atención de los menos. Prefiere lo susurrado más que la megafonía en la sabiduría de aquello que Bernardo Soares llamó «los privilegios de la penumbra». El logro continuado en esa novelización radical del diario es la voz, el estilo y el hombre (Buffon), que da pegamento textual a las cortas narraciones independientes que forman las teselas de ese prodigioso y mastodónico edificio narrativo.

Clara Usón vuelve con la compleja *Valor* (Seix Barral). Tres historias alejadas solo en apariencia levantan arriesgada apuesta. El trasfondo del levantamiento militar de Jaca en 1930, el descrédito de una empleada bancaria y el colaboracionismo en el exterminio croata de un sacerdote. De aplauso el sabio entrecruzado temporal resuelto con agilidad donde hay hueco incluso para el humor. Si bien, en alguna ocasión el excesivo *Deus ex machina* lastra los muy notables aciertos de la novela.

La conspicua Marta Sanz nos entregó excelente historia narrativa acerca del cambio. *Farándula* (Anagrama) enseña a las claras el desasosiego del relevo generacional. Como Cela hiciera, un caleidoscopio disecciona toda la sociedad, con enfoque ahora en el teatro de las tablas y de la vida. Una lucidez dolorosa y una soberbia capacidad para mostrar la indignación social con vibrante ritmo.

La reiterada búsqueda de fórmulas expresivas nuevas o tradicionales y procedimientos narrativos con diverso calado y distinto éxito son marca de Lorenzo Silva. Gusta también del mestizaje de géneros que le convierte en novelista valiente, difícil de encasillar. *Música para feos* (Destino) es historia de un amor contada por boca femenina y con acierto sumo. Pocas veces habla tan mujer una protagonista por pluma masculina. Al recuerdo viene la genial *Primera memoria* de Ana María Matute donde el desvelamiento de la oscura vida adulta aceleraba el crecimiento de la joven Matia al igual que aquí el secreto aceptado condicionará la relación.

Similar temática amorosa tiene *La pecera* (Demipage) de Juan Gracia Armendáriz, uno de nuestros escritores más obstinados en meter dedo en llaga con éxito. Aquí el alcohol sirve de vínculo amoroso. Con un profesor de literatura repasará la futilidad o menos de la literatura y el análisis de la demolición del yo iniciado en la extraordinaria *La línea Plimsoll*.

A caballo entre narración y ensayo monta Fernando Aramburu *Las letras entonadas* (Tusquets). Es progresión lógica y compensatoria tras el fuerte cachetazo de *Ávidas pretensiones* (2014) a la podredumbre del medro cultural, del arribismo poético tan característica en nuestras letras. La ascendencia del presente híbrido no extraña en quien trufa su narrativa entera de fulgurantes juicios estéticos entremezclados con disimulada biografía propia. En conversación monológica, valga el oximorón, templa voz con buenos caldos mediante.

La pasmosa dificultad genérica en que parece embarrancar sin solución de continuidad la narrativa de principios de siglo XXI posee bellos arrebataamientos, singulares lirismos y criaturas de híbrida belleza. La escritura tráfuga y saltarina de Rafael Argullol resulta claro epítome. Esa «escritura transversal» con deseo de una forma abarcadora del todo escritural ofrece títulos nada desdeñables desde *El cazador de instantes* (1996). Este año presentó *Mi Gaudí espectral. Una narración* (Acantilado), un híbrido entre la biografía intelectual y anímica del arquitecto genial, la crónica urbanita de Barcelona y, entre líneas, la evolución autobiográfica del propio Argullol, que serpentea a través de un breve y hermoso monólogo.

La presencia de distopías en nuestra literatura contemporánea y el auge de cierta ciencia ficción de carácter apocalíptico con fuerte acento crítico evidencian la disfuncionalidad cada vez más creciente de nuestra civilización en estos tiempos de desguace. No se arrima el experimentado novelista José Ovejero a moda temática ni a filón comercial. El impulso moral es latente de antaño. Los meandros por los que transita nuestra cambiante sociedad arrastran al madrileño a describir ese latente apocalipsis que se atisba como posibilidad en el horizonte de expectativas. El desfile de personajes de la novela orbita en torno a la valiosa sangre de la protagonista llamada Alegría. *Los ángeles feroces* (Galaxia Gutenberg) funciona como cruel espejo posible de un futuro demasiado cercano, terroríficamente familiar, como para que ciertas páginas de esta novela no nos hagan tiritar.

Entre otras firmas señeras cabe destacar a vuela teclado al hábil Julio Llamazares, *Distintas formas de mirar el agua* (Alfaguara) o la inagotable originalidad de enfoque, ahora del problema social, de Ginés Sánchez con *Entre los vivos* (Tusquets). Frente a cierta novela histórica de pretendida ascendencia galdosiana pero fallida a la postre de otros años, se alzó *El castillo de diamante* de Juan Manuel de Prada, con la recreación oportuna por efeméride de santa Teresa. Los lectores del copioso escritor que es Sánchez-Ostiz hicieron sus delicias con *Perorata del insensato* y *El Botín* y su ciclo diarístico dio una vuelta más con *A trancas y barrancas* (todas en Pamiela), crónica sin cortapisas de nuestra España presente y azote de políticos *miseros*. Un grafómano a quien siempre acudir. El fino y olvidado Raúl Guerra Garrido proyecta una inteligente reflexión sobre la culpa y la banalidad en un asesinato en fiestas con *Tantos inocentes* (Alianza). En las antípodas estilistas del arrollador éxito que supuso *Fin* (2012) de David Monteagudo se inscribe *Invasión* (Candaya). La contención estilística permite a unos gigantes simbolizar la hipertrofia de otras oscuridades de la sociedad tales como la cobardía, el vacío o la soledad. Una genial cervantinada: el personaje director de la RAE en *Hombres buenos* (Alfaguara) de Pérez Reverte, se hizo carne como crítico en Darío Villanueva al verse en el brete de reseñar la novela en prensa donde él mismo aparece. De la vida a la literatura y viceversa con pasaje todavía de vuelta. Ya telegráficamente la estupenda noticia del regreso de Cristina Fernández Cubas al cuento con *La habitación de Nona* (Tusquets).





## Bulliciosa juventud

F. ESTÉVEZ /  
2015, ASALTO  
A LA NARRATIVA  
ESPAÑOLA

No estiremos diálogo, las sorpresas aprietan. Sara Mesa regaló uno de los éxitos del año, *Cicatriz* (Caballo de Troya), no confundir con el homónimo *best-seller* de Juan Gómez Jurado. Algún cicatero mojigato afeó cierta inverosimilitud en el argumento del texto. No habrá ahondado del todo en el alma humana ese ingenuo lector ni entre las muchas miserias que nos corroen. Muy al contrario del pensamiento puritano, todo en *Cicatriz* es plausible y tiene un punto de realidad tan palpable que su cercanía estremece. El argumento es sencillo y su tratamiento complejo. Sonia coquetea en chat para distraer su adormecida vida y se ve envuelta entre la adulación y el misterio por Knutt (sí, el apodo remite al escritor noruego colaboracionista). De forma sintomática, nunca conoceremos quién se esconde tras esa máscara porque es «uno más de los cientos de miles de habitantes de la gran ciudad». Lo que resultaba un flirteo deviene en compleja relación de desencuentros epistolar. El recuerdo a novelas como *Tristana* de Galdós resulta inevitable, ambos personajes idealizan, proyectan y fantasean por igual en su escritura epistolar. Él, compulsivo, chantajista, obsesivo, fetichista; ella, perezosa, moralista a ratos y profundamente veleidosa en sus inseguridades. Sin saberlo del todo o quizá sí, se refugian uno en el otro con la pretensión falaz de consuelo, provocándose un lacerante y progresivo daño al alimentar sombras. A la postre, la novela no habla solo de esas dos entelegías que funcionan como protagonistas, sino del alma humana actual. La exploración narrativa tiene aquí un proceso de objetivación sin pausa. La novela, a caballo entre la relación epistolar, el análisis psicológico, la novela de formación lectora con evidentes ecos del mito de Pígalión en su versión moderna teatral de Bernard Shaw, ahonda en la constatación de la radical soledad del *homo contemporaneus*. De todas estas fuentes se sirve Sara Mesa para transmitir el vertiginoso desasosiego posmoderno. Para ello destierra al narrador y plantea la narración desde el plano mental de ambos protagonistas. Pocas serán las concesiones a un patrón de escritura escueta, directa, pero llena de matices que recuerdan lejanamente a Javier Tomeo. Los saltos temporales pretenden dotar de nuevas perspectivas a la estrechez de miras de sus personajes, embutidos en su dichoso ego. Un ambiente calculado, un tono narrativo sin cortapisas, la psicología cortante y una insistente reducción del narrador, dota a la novela de una muy peculiar fisonomía que la caracteriza con originalidad. Al mismo tiempo, la forma y técnicas elegidas son exactas para imprimir al argumento de significado y relieve. La sintonía entre forma y fondo es de largo gran acierto. No solo por los evidentes riegos que corría, sino por el dominio con depurada técnica. Las citas literarias juegan buen papel. El aviso de que «cada palabra tiene su envés» no resultará gratuito y en esa exploración sombría se adentra con profundidad y cierta morosidad la novela.

Por encima del argumento, entre líneas del suceso, hay una genuina pesquisa psicológica. Un doble fetichismo compartido entreverado de vanidad y perversidad a cuotas iguales, un desconcierto de lo rutinario, esa apatía social y «violencia de la rapidez» de nuestros tiempos cibernético, alienta el texto. En segundo plano revolotean con brío narrativo el alcoholismo, las tensiones familiares... que tienen su correspondencia en algunas de las lecturas encomendadas a Sonia. No es casual por tanto, entre otros, la mención del sombrío escritor John Cheever. A la postre, la idealización y la cosificación del ser amado resulta espina dorsal del argumento, muestra del feroz individualismo de esta sociedad nuestra. Aunque no sea dolor físico,

toda cicatriz esconde siempre una antigua herida, como todo rescoldo esconde una llama. Un párrafo basta para desperezar al lector de la somnolencia aneja a las novedades literarias, complacientes o ansiosas de epatar. Una escritora con voluntad de conocer los misterios de la narración, la capacidad de evocar con sutileza y la persistencia de entender las contradicciones de uno mismo a través de los ojos del otro. Una novela memorable. Sara Mesa templea por fin timbre.

Pilar Adón encandiló con justicia por doquier con un neorruralismo en la órbita estrenada con magisterio por *Intemperie* de Carrasco en 2013. De la sociedad aislada y asfixiante de *Las efímeras* (Galaxia Gutenberg) al extremo del suburbio narrado sin ahuecamientos por Pablo Gutiérrez. El manuscrito encontrado de tradición cervantina da en *Los libros repentinos* (Seix Barral) vuelta de tuerca cuando un paquete arriba por error a casa de la protagonista, apenas viuda. La fruición lectora al modo quijotesco compensa el letargo en vida de aquella mujer. Un dominio en la creación de personajes y ambientes suburbanos que no antepone su cuidada prosa a la psicología de la mujer. La vida automática, a la que muchos hoy se condenan. Saldrá de la marginación, de opresión, del sueño lúgubre a la vida luminosa mediante los libros. El valor terapéutico y más allá la conciencia del ser que permite la palabra impresa.

No es casual la repetición de temas: la muerte de padres o hijos, las dudas y construcción de la conciencia, el encierro y reflexión en el espejo. La relación paterno-filial vertebrada *La isla del padre*, de Fernando Marías (Seix Barral). Matías Candería condensó con acierto «Mi padre es la fiebre» en su novela homónima (Candaya). Sin subrayados ni tintas cargadas, sino observación equilibrada por la letanía de Candeira bajo capa fina de literatura negra, permea la reflexión sobre la muerte y la memoria. El fallecimiento del padre precipita la narración de *Entre culebras y extraños* (Destino). La agresiva estilística de Celso Castro, su cálida voz lírica y la calidad de página constante le convierten en un estupendo extraño. La búsqueda agónica e hipersensible de un adolescente, como fue la suya propia. Una vida como conflicto y el consuelo precario de la filosofía y el amor. El luctuoso género tiene subgénero de especial relieve entre nosotros, las víctimas de atentados (los relatos soberbios de Aramburu *Los peces de la amargura* o las novelas de Guerra Garrido). Es uno de nuestros traumas por abordar, por comprender, por literaturizar, vaya. En *El comensal* (Caballo de Troya) de Gabriela Ybarra, la contención severa y el paso de un dolor a otro, de un fantasma a una ausencia, como son la muerte de la madre y el asesinato del abuelo por ETA. La autobiografía toma rienda temática sujeta por la crónica social para profundizar sobre la visibilización de los que ya no están, la conservación de la memoria, el conflicto vasco. Alejamos la muerte como a los ancianos en nuestra sociedad. Cementerios y residencias andan cercanos en los extrarradios urbanos.

El análisis de la distancia que media entre ética y estética es un particular valioso de Miguel Ángel Hernández. Con *Intento de escapada* enriqueció los relieves del pensamiento con esa otra verdad —de orden estético— que contiene toda noble literatura. Hernández pinta con acierto algunas de las podredumbres más obsesivas de este mundo que transitamos: el hercúleo poder de lo políticamente correcto, esa sofisticada reencarnación del puritanismo. Con *El instante de peligro* (Anagrama) describe las manías, los vicios y miserias de nuestra sociedad actual. En su empeño de deslindar las fronteras entre arte y vida y cuál es el concepto de ética que impera entre ambas y en cada una de ellas. La novela se estructura con el guion de citas de Benjamín



sobre la identidad y la memoria. Parece haber un déficit de realidad en la novela actual que muchos suplen con este recurso, a pesar de antiguo, socorrido. La narración se pliega sobre esta misma disquisición para ser el núcleo mismo del libro. Tal centro irradiador vertebraba la novela sobre los límites de la construcción de la personalidad, la complejidad de la misma. Y, más allá, nos habla de la profunda y continua erosión de las humanidades, el derrumbe del arte y la crisis del hombre. Se apunta con éxito pero sin mención hacia un concepto de resiliencia. No es novela sobre el arte ni de campus, *más bien novela moderna*.

Resuena entre pocos el secreto de Luis Rodríguez, escritor de culto para reducido número de lectores. La muerte, el sexo, el desarraigo o el nihilismo de *La soledad del cometa* (2009) alcanzaron extraña luz en *novienvre* (2013), ambas publicadas con valentía por krk. La forzada errata del título como epítome de un fracaso mayor continuado en el niño protagonista al que acompañamos con desahogado sentir. Su actual *La herida se mueve* (Tropo) arranca «Ya en la habitación, las rendijas de la persiana, iguales, son un código tarado, indecifrabable. Hay lenguajes por todas partes». Así ocurre en esta inclasificable novela que se resiste a ser resumida, condensada o explicada y, a la par o precisamente por ello, rezuma lenguaje exprimido a su esencia... Una literatura sin contemplaciones transmite el vértigo del auténtico escritor y sus máscaras.

La voluntad de superación de tipos de narración periclitados tiene en *Ornamento* (Periférica) buena expresión. Juan Cárdenas recrea un lugar cualquiera latinoamericano que brinda con excusa de reflexionar en clave de leve distopía sobre las drogas, una caústica radiografía de los males que azotan la América de habla hispana. El colombiano usurpó antes el nombre a sus personajes y mantiene el recurso límite. Los elementos de ciencia ficción deben valorarse como otro modo distorsionado de aproximación a la realidad. La exploración artística de la dramaturga Mar Gómez Glez es de nuevo ruta biográfica narrada ahora desde la tercera persona con balanceos al autor implícito. Entre el silencio y la palabra, en ese complicado intersticio plantea la composición del personaje la madrileña. Una honda reflexión sobre la ductilidad del lenguaje desde un intimismo desprovisto de sensiblería. La vida como lucha, el crecimiento como superación es *La edad ganada* (Caballo de Troya y labor digna de elogio la de su editora de 2015, Elvira Navarro; es deseable igual suerte a Alberto Olmos en 2016).

Todo almanaque tiende por inercia propia al género del listín telefónico. Ya sin espacio, pero sí al menos para la cita, mencionar

siquiera a la conspicua argentina Samanta Schweblin con *Siete casas vacías* (Páginas de Espuma), abandonar la acogedora casa por extraña que sea la salida a un desubicado mundo. El destacable *Solitario empeño* (Pretextos), cuarto libro de relatos de Cristian Crusat, ganador del prestigioso Premio de Literatura Europeo (2013). La conradiana *Polaris* de Fernando Clemot (Salto de Página). Los relatos del guatemalteco Eduardo Halfon y su errante *Signor Hoffman*. El escudriño indómito de las relaciones de pareja en nuestros días por Jordi Nopca en *Vente a casa* (ambos de *Libros del asteroide*). Sònia Hernández con *Los Pissimboni* (Acantilado), *Subsuelo* de Marcelo Luján (Salto de Página) y la *Historia secreta del mundo* (La Discreta) de Emilio Gavilanes.

### Balance, coda y deseo

Una hornada de buen fuste queda avizorada. Ante la urgencia de los tiempos y a calzón quitado escriben con apremio una literatura como testigo certero de nuestro tiempo. En su futuro libro, ese otro «Lugar silencioso» (Peter Handke) repleto de sonidos, distinguiremos con nitidez *las voces de los ecos* a la manera de Machado. Más que nunca adquiere vigencia la necesidad del atinado discurso galdosiano «La sociedad como materia novelable». La crítica cabal, como en la vida, no debe consignar, sino valorar y apostar. Visibilizar la auténtica literatura por encima de la hostilidad mercantil, la pereza intelectual, la abulia humana y el interés espurio. Las nuevas voces demuestran eficacia en ficcionalizar su biografía. Tienen voluntad de ser modernas, lo cual implica vivir en plenitud nuestra modernidad y al mismo tiempo, por encima del temor, mirar a esta a los ojos para indagar en sus aspectos más feroces (6). Deseamos igual éxito cuando ese *yo* viaje al nosotros o se introduzca en plena ficción sin asideros.

La narrativa en español resulta hoy fértil y bulliciosa con tanto joven dentro. Tengan cuidado estos de transformarse en el protagonista de *Contra la juventud* (Galaxia Gutenberg) de Pablo d'Ors. Es hora de leer con ojos nuevos. 2016 convertirá la mesa de novedades en zafarrancho donde veremos redimida la clásica competencia y querrela entre antiguos y modernos (la edad no depende de las arrugas, sino de la plasticidad de mentes). Sepan que ellos ya mataron al padre, literariamente lo contaron. Todo ha cambiado, veremos con Lampe-dusa, si cambia para permanecer igual.

F. E.—CRÍTICO LITERARIO

F. ESTÉVEZ /  
2015, ASALTO  
A LA NARRATIVA  
ESPAÑOLA

(6) «Elogio della  
letteratura», Antonio  
Tabucchi, *Di tutto resta un  
poco*, Feltrinelli, Milano,  
2013.

INSULA 797



## LITERATURA VASCA. PUERTOS ABIERTOS

Coordinado por J. Kortazar y X. Etxaniz

INSULA 832  
ABRIL 816

5